

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pino Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kát sar

*Capítulo **III**: El precio de la fama*

por

Alejandro Pino Alamillo

El sol se estaba poniendo cuando el cochero dio la señal de alto. Habíamos llegado a Lurianne, un pequeño pueblecito de casas de piedra negra. El carruaje quedó aparcado a un lado del camino, a las afueras. Salí a estirar las piernas y dar un paseo sumido en mis pensamientos. Tenía una extraña sensación en mi cuerpo, sentía como si alguien me estuviese siguiendo. Encontré un pequeño arroyo donde decidí lavar mi cansado rostro. Agarré a *Esfinge* y la observé con orgullo; resulta difícil encontrar una espada tan majestuosa, forjada con metal de leyenda, símbolo de la realeza. Esta colosal espada ha acompañado a grandes reyes en sus batallas y a los Kristin más peligrosos del Gran Continente, qué mejor nombre para este arma que el de aquella mítica bestia.

Al día siguiente temprano, con el fresco matutino, me dirigí a la plaza del pueblo dispuesto a encontrar a ese tal BÍlir. Estaba nublado, como de costumbre, y bajo la luz grisácea el pueblo tenía un aspecto espantoso. Había un mercado ambulante instalado en el centro de la localidad, los puestos al aire libre ofrecían hortalizas raquíticas y carne de dudosa procedencia. La gente iba de un lado para otro, despacio, observando cada tenderete. Las nubes eran lo bastante densas para tapar la claridad del sol. Miré alrededor buscando algún puesto que vendiese carne caprina. No tardé en divisar una cabeza de cabra adornando uno de los puestos, detrás de éste había un tipo con el ceño fruncido.

—¿Es cordero?—pregunté cuando me acerqué.

El hombre me miró con desconfianza.

—Es cabra.

—Entonces, ¿podrías indicarme dónde encontrar a BÍlir?—seguí jugando un poco—. Me gustaría comprarle cordero.

—Yo soy BÍlir—contestó alzando una ceja—, y esto es cabra. La mejor de todo Mérlobock.

—No me interesa comprar cabra. Ayer comí cordero en La Sirena de Brionne, y me han dicho que un tal BÍlir vendía esta carne. Si no vendes cordero, lo buscaré en otra parte.

Hice el ademán de marcharme. Hice mentalmente una cuenta atrás y antes de llegar a cero noté que me llamaban.

—Espere, señor—se acercó a mí y bajó excesivamente la voz—. Verá, yo le vendí el cordero al anciano de La Sirena, pero era cabra. Se lo juro, si le gustó aquella carne, esta es la misma.

BÍlir compuso una sonrisa, como si encontrase divertida la situación.

—¿Esa es toda la carne de cabra que tienes?

—Bueno, ahora sólo dispongo de...

—No es suficiente—negué con la cabeza interrumpiendo al vendedor—. Necesito mucha más.

—Tendría que volver mañana, señor. Puedo matar un par de cabras que tengo en...

—¿Tienes más cabras?—de repente fingí hacerme el sorprendido—¿Cuántas cabras tienes?

—Ahora mismo dispongo de diez cabras, señor. Dígame cuántas necesita y...

—Quiero verlas.

—¿Cómo dice?—esta vez el sorprendido fue BÍlir, y dudo mucho que estuviese fingiendo su reacción.

—Quiero ver el estado de esas cabras. Si son de la calidad que busco te compraré todas—terminé mi frase sacando un pequeño saco de monedas de una de mis botas.

BÍlir permaneció unos instantes en silencio, inmerso en sus pensamientos. Estaba a punto de amenazarle con irme a otra parte cuando le vi negar con la cabeza.

—Qué demonios, claro que sí. No todos los días uno tiene la suerte de vender toda su mercancía a un forastero—rió de su propio comentario—. Vamos, vamos. Mi granja apenas está a veinte minutos de aquí.

Antes de marcharnos reparé en una figura que ocultaba su rostro bajo una capucha. A pesar de esconder su cara, podía sentir que me observaba. Varios vendedores ambulantes con sus clientes se cruzaron en mi campo de visión. Cuando volví a mirar hacia el mismo lugar, aquella misteriosa persona había desaparecido.

La granja de BÍlir en nada se parecía a la de los Halfrings. Estaba formada por un establo semiderruido y una choza que asomaban entre los barrizales. Vi a un par de hombres merodeando por la zona, no tardaron en percatarse de nuestra llegada. Estudié sus rostros: uno con su espesa barba, el otro un joven imberbe.

—¿Quién es ese?—dijo el de la barba señalándome con un hacha de leñador.

—Hola, hermano. Este forastero quiere comprarnos todas las cabras—respondió BÍlir con alegría—. ¡Bran! Señále las cabras.

El joven imberbe vino corriendo hacia mí, debía de ser Bran.

—Por aquí, sígame.

Justo detrás de los tablones que hacían las veces de establo improvisado, había un pequeño cercado lleno de cabras. Había más de las que pensaba.

—¿No decías que tenías diez cabras?—pregunté mientras observaba a los animales.

—Mis hermanos deben de haber traído más esta noche—contestó BÍlir. Por su rostro, entendí que se arrepentía de haber dicho aquello—. Bueno, ¿cuántas cabras entonces?

—¿De dónde traen estas cabras?

—¿Y a ti qué te importa?—oí decir al hombre de la barba tras de mí—. Compra las cabras que puedas permitirte y márchate, los forasteros no son bienvenidos en esta tierra.

—Vamos hermano, no seas grosero con nuestro cliente—espetó BÍlir con enfado—. Entonces, ¿diez?

Pasee la mirada en busca de algo que no tardé en encontrar. Entre docenas de cuernos, patas y ubres vi uno de los animales marcado con el símbolo de los Halfrings. La espera hacía impacientar a los tres hermanos, que me miraban con nerviosismo. Finalmente suspiré y me di media vuelta.

—Me las llevo todas.

El silencio posterior denotaba el asombro de los granjeros.

—Las quiero atadas, una a la otra en fila.

—¿Todas?—quiso asegurarse un asombrado BÍlir.

—Todas.

—¡Ya has oído Bran, ata a las cabras!—BÍlir estaba histérico, se frotaba las manos sabiendo que llegaba el momento más esperado de su vida—. ¿Y cuántas onzas de plata van a ser?

Vi al cochero de los Halfrings aguardando a una distancia prudente. Me aseguré de que todas las cabras estuviesen atadas unas a las otras, después la primera de la fila iría unida por otra cuerda al carruaje, de modo que viajaríamos con toda una comitiva caprina.

BÍlir se impacientaba ante mi silencio. Finalmente decidí dedicarle mi mejor sonrisa.

—Dime BÍlir, ¿qué precio crees que deberías pagar por el asesinato del joven Gúlder?

Pude oír el corazón acelerado de BÍlir al mismo tiempo que su rostro se descomponía en una mueca pálida y de mirada perdida. Poseído por el miedo, BÍlir se abalanzó hacia mí, entre gritos que ahogaban sus palabras. Me moví más deprisa de lo que el propio granjero habría creído posible. Agarré a *Esfinge* y con el mango de la espada le golpeé en la nuca, cayendo al suelo de rodillas. Su hermano, el de la barba, con su arma de

leñador intentó cortarme la cabeza. Alcé mi espada para detener el movimiento descendente del hacha, acto seguido, sin contemplaciones, tracé un arco en el aire con mi hoja, partiendo el mango de madera en dos. Lancé un tajo y el hombre barbudo cayó al suelo manando sangre por uno de sus costados.

—Tú—dije señalando con mi espada al más pequeño de los hermanos: Bran—, trae más cuerda.



Cuando llegamos a la granja de los Halfrings, la oscuridad era ya absoluta. Sus habitantes habían encendido antorchas para iluminar la entrada a los recién llegados. Alissa salió al exterior de la casa junto a su tío y su padre. Bajé del carruaje y extendí una mano para señalar a dos cansados hombres que habían caminado durante horas detrás del carro junto a una veintena de cabras.

—Hîr Halfrings, le traigo sus cabras, algunas de regalo, y a sus ladrones.

Durante unos minutos el silencio reinó en la noche. Una mezcla de asombro y expectación se había apoderado del corazón de los allí presentes. Finalmente Alatirno se acercó y me agarró del brazo.

—Kátsar, ¿estás bien?

—Todo bien, ya tengo los materiales necesarios para trabajar—contesté con despreocupación.

—No eran demonios, eran ladrones—dijo uno de los granjeros.

—¡Los asesinos de Gúlter!

Los campesinos de la granja fueron contagiándose la furia, vociferando insultos y amenazas a los ladrones.

—Los dejo en manos del Hîr—dije mirando fijamente el rostro pétreo de Lorion.

—Reconozco que su presencia aquí no era de mi agrado, Kátsar—Lorion mostró los dientes en una sonrisa—. Pero ahora, ha demostrado ser algo más para esta granja que el simple cartógrafo de mi hermano. Bienvenido a Mérlobock.

—¡Bienvenido a Mérlobock!—gritaron los sirvientes y campesinos al unísono.

Observé a los allí presentes. Por primera vez en mi vida, mi presencia era un motivo de celebración. Dejé que la alegría se reflejase en mi rostro. Me fijé en Alissa, llevaba un vestido de seda basta descolorida y unas sandalias de mimbre entretejido. Llevaba el pelo trenzado, lo que permitía que a la luz de las antorchas pudiese apreciar mejor su rostro. Pronto noté que se ruborizaba, sabía que la estaba mirando a ella.

—Bien, decidme, ¿qué quieren que haga con estos dos?—pregunté de repente desviando la mirada.

La sonrisa mellada de Hîr Halfrings desapareció de su rostro ancho, para dejar paso a una mueca ceñuda y oscura.

—No guarde su espada, Kátsar—dijo Lorion en tono hosco—. Ha salvado a mi hermano, ha recuperado mis cabras, y me ha traído a los bandidos que durante meses han saqueado sin impunidad mi granja. Por ello, le estoy muy agradecido, pero he de pedirle una última cosa para recibirle en mi hogar como a uno más.

Todos aguardamos en silencio, a la espera de lo que Hîr Lorion iba a decir.

—Necesito que acabe con lo que ha empezado, que venga la muerte del pobre Gúlter y haga justicia en estas tierras sin ley.

Pasé mi mano por la hoja de *Esfinge* sabiendo lo que venía a continuación.

—Tendrá que mostrar su respeto al pueblo de Mérlobock y ejecutar a estos asesinos.

No puedo negarlo, amo usar a *Esfinge*. Sin ningún tipo de discurso previo, mi espada rompió el silencio de la noche y tiñó el suelo con una fina línea de sangre. Segundos después algo cayó y rodó hasta los pies de Alatrino. Mi gordo amigo se apartó asqueado de la cabeza inerte de Bílir. Vi a Bran acurrucado entre las cabras, temblando preso del terror que transmite la muerte inminente. Alcé a *Esfinge* dispuesto a terminar con aquello.

—¡Espera!—gritó Alissa—. Padre, es sólo un crío.

Lorion miró a su hija.

—Son asesinos hija. Gúlter también era joven y ya viste lo que le hicieron.

—Padre—Alissa se mordió el labio—, la grandeza de un Hîr no se mide por el grado de crueldad con que ejecute sus órdenes, sino por la bondad que demuestre en éstas.

—Hija mía, la grandeza de un señor reside en su capacidad de hacer cumplir la ley. Aquí yo soy el Hîr. Aquí yo soy la ley.

Bastó con la mirada de Lorion para saber lo que tenía que hacer. *Esfinge* silbó cuando cortó el viento nocturno y la cabeza de Bran voló por los aires. Limpié la hoja de mi espada y me marché hacia la casa, dejando a los espectadores disfrutar de la sangrienta escena. Las cabras bebían la sangre de los charcos formados alrededor de los dos

cuerpos inertes. Esa noche la mayor parte de los habitantes de la granja durmieron tranquilos y en paz, sabiendo que un forastero velaría por su seguridad.



A la mañana siguiente me volvieron a despertar los gritos. Algo había sucedido y la gente tenía la mala costumbre de vociferarlo a primera hora de la mañana. <<¿Qué coño pasará ahora?>>—pensé irritado.

Cuando salí al exterior de la casa me sorprendí ante la escena que se desarrollaba ante mis ojos. Había cientos de personas en torno a la vivienda de los Halfrings. Las cabezas de Bran y BÍlir habían sido clavadas en estacas, parecían dos grotescos espantapájaros. Habían bañado las cabezas en brea para ralentizar la putrefacción, de modo que sirviese de advertencia para asesinos y ladrones.

—¡Es él!

—¡Es Kátsar!

La gente aplaudía y me vitoreaba, todos gritaban mi nombre.

—Han venido a verte—dijo Alissa, situándose silenciosamente junto a mí.

—Yo creo que el espectáculo de las cabezas ensartadas es más llamativo que venir a ver a un forastero—contesté con la mirada fija en las estacas.

Los cuervos trazaban círculos sobre las cabezas, lanzando graznidos roncós.

—Mi padre dice que así el pueblo sabrá que Hîr Halfrings hace justicia en estas tierras.

—Es su deber.

—Pero todos saben que en realidad has sido tú el que ha traído justicia a estas tierras.

Miré a los ojos de Alissa, parecían estar hechos de oro líquido.

—¿Qué quieres decir?

—Eres famoso, Kátsar. La noticia ha volado por toda la isla como el frío viento del norte, llegando hasta el último rincón de Mérlobock.

Sabía perfectamente lo que significaban aquellas palabras y las consecuencias que suponían para mi nueva vida.

—Todo el mundo habla de Kátsar, el forastero. Todos hablan de ti.

Tenía los músculos en tensión, intenté relajarme pero fue imposible. Miré a las masas que gritaban mi nombre; vi rostros casi consumidos por la hambruna donde brillaban ojos cargados de esperanza; vi rostros cortados por el frío que se sonrojaban al pronunciar mi nombre. Ante aquella nueva e inesperada situación sólo pude decir una cosa:

—Mierda...

Kálsar
